

CONCLUSIÓN

Mi texto navideño favorito

Mi texto navideño favorito sitúa la humildad en el centro de la Navidad. Así que en esta Navidad me maravilla la humildad de Jesús y quiero tener más de ella. Citaré el texto en un momento.

Pero primero hay dos problemas. Tim Keller nos ayuda a ver uno de ellos cuando dice: “La humildad es muy tímida. Si empiezas a hablar de ella, se va”. Así que una meditación sobre la humildad (como esta) parece que se autodestruye. Pero incluso los tímidos se asoman a veces si se les trata bien.

El otro problema es que Jesús no era humilde por las mismas razones por las que nosotros lo somos (o deberíamos serlo). Entonces, ¿cómo puede *ayudarnos* la humildad navideña de Jesús? Nuestra humildad, si es que la hay, se basa en nuestra finitud, nuestra falibilidad y nuestra pecaminosidad. Pero el Hijo eterno de Dios no era finito. No era falible. Y no era pecador. Así que, a diferencia de nuestra humildad, la de Jesús se originó de otra manera.

Este es mi texto navideño favorito. Busca la humildad de Jesús:

El cual, aunque existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a Sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y hallándose en forma de hombre, se *humilló* Él mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil 2:6-8).

Lo que define la humildad de Jesús es el hecho de que es principalmente un acto consciente de ponerse en un papel humilde y de servidor para el bien de los demás. Su humildad se define con frases como:

“Se despojó a Sí mismo [de Sus derechos divinos a no sufrir abusos y sufrimientos]”.

“Tomando forma de siervo”.

“Haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

Así que la humildad de Jesús no era una disposición del corazón de ser finito o falible o pecador. Era un corazón de perfección infinita y de verdad infalible y libre de todo pecado, que por eso mismo no necesitaba ser servido. Estaba libre y lleno hasta rebosar para servir.

Otro texto navideño que dice esto es Marcos 10:45: “Porque *ni aun el Hijo del Hombre vino para ser servido, sino para servir*, y para dar Su vida en rescate por muchos”. La humildad de Jesús no era un sentido de defecto en Sí mismo, sino un sentido de plenitud en Sí mismo puesto a disposición de los demás para su bien. Fue un descenso voluntario de Sí mismo para poner a disposición de los pecadores la altura de Su gloria.

Jesús hace para nosotros la conexión entre Su humildad navideña y las buenas noticias: “Vengan a Mí, todos los que están cansados y cargados, y Yo los haré descansar. Tomen Mi yugo sobre ustedes y

aprendan de Mí, que Yo soy manso y *humilde de corazón*, y HALLARÁN DESCANSO PARA SUS ALMAS. Porque Mi yugo es fácil y Mi carga ligera” (Mt 11:28-30).

Su humildad hace posible nuestro alivio de las cargas. Si Él no fuera humilde, no habría sido “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil 2:8). Y si no hubiera sido obediente para morir por nosotros, estaríamos aplastados bajo el peso de nuestros pecados. Él se rebaja a Sí mismo para asumir nuestra condenación (Ro 8:3).

Ahora tenemos más razones que antes para ser humildes. Somos finitos, falibles y pecadores y, por lo tanto, no tenemos ningún motivo para jactarnos. Pero ahora vemos otras cosas que nos hacen ser humildes: nuestra salvación no se debe a nuestra obra, sino a Su gracia. Así que la jactancia queda excluida (Ef 2:8-9). Y la forma en que Él logró esa salvación por gracia fue a través de un autodescenso voluntario y consciente en una obediencia de siervo hasta la muerte.

Así, además de la finitud, la falibilidad y la pecaminosidad, ahora tenemos otros dos enormes impulsos que actúan para humillarnos: la gracia gratuita e inmerecida que subyace a todas nuestras bendiciones y un modelo de servicio abnegado y sacrificado que toma voluntariamente la forma de un siervo.

Así que estamos llamados a unirnos a Jesús en esta autohumillación y servicio conscientes. “Cualquiera que se engrandece, será humillado, y cualquiera que se humille, será engrandecido” (Mt 23:12). “Haya, pues, en ustedes esta actitud que hubo también en Cristo Jesús...” (Fil 2:5).

Oremos para que esta virtud “tímida” —esta enorme base de nuestra salvación y nuestro servicio— se asome desde su lugar tranquilo y nos conceda la ropa de la humildad en este Adviento. “Y todos, revístanse de humildad en su trato mutuo, porque DIOS RESISTE A LOS SOBERBIOS, PERO DA GRACIA A LOS HUMILDES” (1P 5:5).